

Las manos de sal

Xavier Dueñas

Derechos de autor

© Xavier Dueñas, 2025

Todos los derechos reservados.

Esta obra está registrada en Safe Creative.

Nº de registro: **2508242879777**

Para más información:

<https://www.safecreative.org/work/2508242879777-las-manos-de-sal>

Sinopsis

Cuando su madre lo envía a pasar el verano con una abuela casi desconocida, un joven de dieciséis años teme el aburrimiento y el silencio. Pero en las marismas de Santoña, entre mareas, redes y recuerdos, descubrirá un mundo que late más allá de las palabras. Con la guía silenciosa de su abuela —unas manos de sal que lo sostienen y lo transforman— aprenderá que crecer también significa aceptar la memoria, la pérdida y la gratitud. Una historia íntima y luminosa sobre el poder de la herencia emocional y el mar como maestro secreto.

Nota del autor

“Las manos de sal” nació de una imagen persistente: unas manos curtidas que guardaban memoria en sus grietas. Desde ahí, quise explorar la relación entre generaciones y la herencia silenciosa que recibimos sin darnos cuenta. El mar y la marisma, con sus ritmos inevitables, me ofrecieron la metáfora perfecta para hablar del tiempo, la pérdida y la transmisión afectiva. Esta novela es, para mí, un homenaje a quienes educan desde la paciencia y al territorio que sostiene sus vidas. Ojalá el lector encuentre en sus páginas un eco de su propia memoria.

Xavier Dueñas <https://xavierduenas.es>

Prólogo

Hay historias que no nacen del estruendo, sino del murmullo. Historias que se gestan en la quietud de un gesto cotidiano, en la respiración del mar, en una mano curtida que trabaja sin alardes. “Las manos de sal” pertenece a esa estirpe: no busca deslumbrar con giros espectaculares, sino acompañar al lector hacia un lugar donde el silencio se vuelve lenguaje y la paciencia, herencia.

En estas páginas, el verano de un adolescente junto a su abuela en Santoña se convierte en un rito de iniciación. Al principio, es el desconcierto: la casa extraña, el barro frío, los días sin tecnología. Pero poco a poco, entre mareas y marismas, se abre un mundo de signos mínimos: un cuaderno azul, una silla vacía, una carta guardada como tesoro. Son objetos humildes, pero cargados de memoria.

La novela nos recuerda que crecer es también aprender a mirar de otro modo. Que en el roce de lo cotidiano late una transmisión más poderosa que cualquier discurso: la de los gestos callados, la de las manos que enseñan sin nombrar. Aquí, el mar no es un escenario, sino un personaje: habla en sus mareas, en la paciencia del fango, en el rumor que acompaña los sueños.

“Las manos de sal” es, al fin y al cabo, un homenaje. A las abuelas y abuelos que sostuvieron el mundo con su esfuerzo invisible. A los territorios que guardan memoria en cada ola y en cada piedra. A la posibilidad de que un silencio compartido se convierta en el vínculo más profundo.

Quien abra este relato encontrará un viaje íntimo, breve pero hondo, que quizá le recuerde a sus propios veranos, a sus propios ritos de paso, o a las palabras que nunca llegaron a pronunciarse. Porque a veces —como nos recuerda esta historia— lo más verdadero no se dice: se escucha.

Las manos de sal

El regreso

El tren avanzaba al ritmo de una marea interior... y yo pienso ahora que tal vez no era el tren, sino yo el que iba más lento.

Afuera, el mundo mutaba con esa lentitud que solo tienen los cambios inevitables: primero eran polígonos industriales, antenas repetidas, ventanales sucios que no se abrían a nada; luego, sin apuro, los campos se desplegaban como un manto verde que alguien hubiese desenrollado con delicadeza. La luz también se transformaba: se volvía más líquida, más abierta, como si trajera consigo el susurro del mar. Guardaba silencio. Años después aún recuerdo cómo apoyé la frente en el cristal y sentía cómo ese frío descendía por mi piel hasta instalarse en el centro del pecho. Al separarla, quedó empañada mi huella. Disfrutaba de ese recogimiento, de dejarme llevar por el traqueteo que parecía arrastrar siglos entre sus ruedas.

Mi madre hablaba. Su voz me llegaba lejana, como desde otra orilla. *“Tu abuela vive sola desde que murió el abuelo”, “la casa es vieja pero cómoda”, “te hará bien estar allí”*. Asentía sin pensar, por inercia. Sus palabras pasaban como un murmullo al que no lograba aferrarme. Dentro de mí, se asentaba una mezcla de incomodidad y resignación, la certeza callada de que ese verano sería distinto a todos los anteriores. Me esperaba un lugar desconocido, una mujer que era mi abuela, sí, pero también, de alguna manera, una extraña. Tenía dieciséis años y acababa de terminar cuarto.

El aire tenía un olor nuevo, salobre. A algas secas. A redes mojadas. Un olor raro, demasiado fuerte quizá. No sabía si me agradaba, pero lo sentí verdadero. Allí estaba ella. De pie, inmóvil, las manos unidas frente al vientre, como si llevara una eternidad esperando. Su rostro no ofrecía sonrisa, pero tampoco se retraía. Tenía la nobleza del mar: austero, tallado por el viento, sereno en su firmeza.

Se acercó. Me saludó con un beso breve, seco, y un *“has crecido”* que me dejó sin palabras. Mi madre habló, cubrió los vacíos con la fluidez habitual. Entre mi abuela y yo, en cambio, se instaló un silencio denso, no incómodo, sino extrañamente elocuente. Percibía la cercanía del océano, aún sin verlo. Vibraba en el aire. Y mientras caminábamos hacia el coche, comprendí que ese silencio espeso y salado sería el idioma que hablaríamos durante ese mes.

La casa tenía la quietud de los lugares que ya no esperan. El aire estaba cargado de aromas superpuestos: madera húmeda, caldo de pescado, un fondo leve de ropa que ha dormido demasiado tiempo en los armarios. Cada objeto parecía guardar un recuerdo. Había platos colgados con motivos marinos, redes decorativas, fotografías en sepia de rostros serios que miraban desde otro tiempo. No entraba en una casa, sino en una memoria viva que seguía respirando.

Me mostró mi cuarto. *“Era de tu madre cuando era niña”*, dijo sin mirarme. La cama era estrecha, el colchón firme. En la estantería, los libros mostraban cubiertas desgastadas y ese olor a polvo mezclado con sal. Desde la ventana se abría el horizonte del mar, azul oscuro, surcado de grietas blancas. Lo contemplé sin comprenderlo del todo. Era tan grande que me encogí un poco por dentro, como si el mar pudiera tragarme.

Durante la cena, el silencio fue el plato principal. Sirvió una sopa espesa y pan grueso. Luego, un pescado al horno que no supe nombrar. Me preguntó si me gustaba el mar. Respondí que no estaba seguro. Asintió con suavidad, como si esa duda encerrara una forma más profunda de verdad. Comía con lentitud, sin distracciones, sin el zumbido del mundo moderno. Comprendí que su vida era un refugio sin interferencias, donde todo sucedía sin apuro.

A su lado, una silla vacía. Antes de sentarse, alisó el respaldo con la palma y dejó allí la mano un segundo. No logré saber si hablaba del abuelo o del mar. Quizá, en su mundo, ambos se habían fundido en una sola presencia.

Cuando cayó la noche, el oleaje dejó de ser un rumor distante. Se filtraba por la ventana con la persistencia de un ser vivo, respirando sin pausa, como un corazón antiguo que late fuera del tiempo. Me tapé hasta la nariz. Esa marea rítmica seguía allí, golpeando suave, constante, como queriendo decirme algo.

Las frases de mi madre regresaron flotando: *“No es cariñosa”*, *“no esperes abrazos”*, *“es fuerte, pero a su manera”*. Me pregunté qué significaba ser fuerte a su manera. Tal vez era habitar la soledad sin lamento, cocinar para alguien que apenas conoces, mantener viva la casa sin alardes. Tal vez era no decir *“te quiero”*, pero preparar una sopa caliente.

Pensé en sus manos. No las había observado de frente, pero las recordaba firmes, rugosas, como las de los marineros en las películas. Manos que han lavado redes, pelado mariscos, sostenido la vida sin estridencias. Me dormí tarde, mientras esa presencia salada continuaba hablando su lengua secreta. Intuí que aquel mes sería un intento de aprender ese idioma antiguo, sin intérprete, sin prisa.

Las mareas

Nos levantamos temprano, mucho antes de que el sol se atreviera a rozar los bordes de los tejados. La luz que entraba por la ventana tenía algo de promesa no cumplida, un azul grisáceo que arrastraba consigo la humedad del mar. La abuela no dijo nada. Llamó suavemente a la puerta y dejó una chaqueta sobre la silla, vieja, impregnada de sal y de madera mojada. Me vestí sin entusiasmo, con esa obediencia silenciosa que nace cuando uno no comprende el motivo de lo que hace, pero siente que no hay alternativa. Bajamos en silencio, ella delante, yo detrás, con un orden que parecía dictado por una costumbre ancestral.

El aire era espeso y frío. Caminamos hasta la marisma. Las botas de goma me quedaban grandes, y con cada paso sentía cómo el lodo intentaba atraparme los pies. La abuela avanzaba segura, como quien conoce el lenguaje oculto del terreno. Se agachaba, clavaba el rastrillo, apartaba la arena, encontraba una almeja. Y volvía a empezar. Yo la imitaba torpemente, sin tener claro qué buscábamos, sin encontrar sentido a aquel gesto repetido. Me dolía la espalda, las manos ardían de frío. El barro subía por las pantorrillas, pesado y persistente. ¿Qué valor tenía todo eso? ¿Por qué hacerlo en esa hora, bajo un cielo que aún no había despertado?

La marea se deslizaba con lentitud, como un animal que se despereza tras el sueño. Yo dirigía la vista al horizonte, esperando alguna señal de vida: un bar, una casa, una voz. Pero solo había cielo, agua, y ese olor a algas viejas que se adhería a la ropa como una segunda piel. Pensé en mis amigos, en sus veranos de piscinas y helados. En las piscinas, sobre todo, esas azules, y el cloro en los ojos. Pensé en el sofá de casa, en mi consola, en mi cuarto cálido y recogido.

El barro me hizo tropezar. Caí de bruces. Las manos se hundieron, sucias, heladas. Me ardían los ojos, de rabia o de vergüenza, no supe. Pensé en levantarme y gritar que no quería más, que aquello era inútil. Pero cuando levanté la vista, ella ya estaba junto a mí. No dijo nada. Me tendió la mano, firme, como si siempre hubiera sabido que caería. La tomé. Me levantó sin esfuerzo, y seguimos. Esa mano dura, silenciosa, me sostuvo más de lo que quise admitir.

No habíamos avanzado diez pasos cuando el agua empezó a colarse por un regato. *“Entra la llenante”*, dijo sin apuro. *“Pisa por las islas de ovas y nunca por el centro.”* El cubo se me ladeó; casi pierdo media mañana en un vuelco torpe. Ella lo enderezó con dos dedos. *“Mira la corriente, no el reloj.”* Aprendí a leer el suelo: los bordes firmes, la veta blanda, el brillo que avisa.

Me parecía imposible haber creído que podría soportar un mes así. Pero ella continuaba. Sus manos seguían firmes, constantes, como si de aquel trabajo dependiera el equilibrio de algo más grande.

El almuerzo fue sencillo: pan, queso, un poco de caldo. El sol, ya alto, se colaba por la ventana como un visitante imprevisto. No había tele, ni radio, ni música. Solo el roce de los cubiertos y el crujido leve de la madera. Comía sin hambre, con el cuerpo fatigado. Me dije que al día siguiente me quedaría en la cama. Que inventaría una fiebre, cualquier excusa para evitar la tierra húmeda, ese silencio denso, esa sensación de ser un extraño.

Entonces, sin mirarme, sin alterar el tono de voz, dijo: *“La primera vez que fui a mariscar tenía diez años. Mi madre me ató las botas con un cordel y me dio un trozo de pan envuelto en papel”*. Hizo una pausa. Luego añadió: *“Ese día llovía. No traje nada de vuelta. Pero aún recuerdo cómo me miró al llegar. No me preguntó cuánto traía. Me miró como quien reconoce un esfuerzo sin necesidad de palabras”*.

Me quedé inmóvil. Nunca antes me había hablado de su infancia. Ni mi madre solía hacerlo. Pensé en esa niña de diez años, con los pies mojados y las manos heladas, caminando junto a una mujer que sabía mirar sin preguntar. Tal vez esa niña seguía viva en sus gestos, en la manera de masticar, en el modo paciente y callado con que lavaba los platos.

Por la tarde salí a caminar. Sentía la urgencia de no quedarme dentro. No sabía a dónde ir, así que simplemente caminé. El pueblo era pequeño, con fachadas desconchadas y balcones colmados de geranios. Las calles olían a sal, a fritura, a vida tranquila. Nadie parecía tener prisa. Nadie miraba el reloj. Me crucé con ancianos que saludaban con un gesto, con niños que corrían tras una pelota, con mujeres que hablaban en voz baja, como si el viento pudiera llevarse sus secretos.

Llegué al espigón. Me senté en un banco, frente al mar. Las gaviotas volaban alto, trazando gritos agudos sobre el cielo. El agua permanecía serena, pero bajo esa calma adivinaba una fuerza antigua, una memoria densa que no se mostraba fácilmente. Pensé en la abuela, en sus botas, en sus manos teñidas de tierra marina. Pensé que, quizá, no éramos tan distintos. Que también yo deseaba ser mirado como su madre la había mirado a ella.

Me quedé allí mucho rato. El móvil seguía guardado. La mente, en calma. Solo sentía. El viento, el olor del mar, el leve crujido de las tablas bajo mis pies. Y por primera vez, desde mi llegada, algo en mí cedió. Algo se abrió, como una concha que, tras resistirse durante días, finalmente se rinde a la paciencia del agua y revela su interior.

Las manos de sal

Había algo hipnótico en la forma en que sus manos se movían. Aquella mañana, mientras la seguía por la marisma, no podía apartar la vista de ellas. Se agachaba, escarbaba con los dedos, hurgaba en la arena húmeda con la certeza de quien conoce el lugar exacto. No era fuerza lo que percibía en sus gestos, sino conocimiento. Una inteligencia del cuerpo que no necesitaba palabras. La tierra húmeda se abría dócil entre sus dedos, como si reconociera que no venían a arrancar, sino a rescatar.

A mí me pesaba todo. Apenas lograba levantar la rasqueta. Cada intento era una lucha, cada movimiento me vaciaba. Ella, en cambio, seguía sin detenerse, las mangas arremangadas, la piel curtida, los dedos endurecidos y surcados de grietas. Cada vez que encontraba una almeja y la dejaba caer en la cesta, lo hacía con la precisión tranquila de un gesto consagrado. Lo que a mí me parecía castigo, en sus manos adquiría el valor de una ceremonia.

Recordé que mi madre decía que la abuela *"nunca se quejaba de nada"*. Y comprendí entonces que no era porque no sintiera, sino porque había aprendido a decirlo todo sin necesidad de palabras. Con esas palmas curtidas que hablaban un idioma antiguo, hecho de actos que solo entienden quienes han vivido mucho y esperado poco.

Más tarde, compartíamos pan con tomate, uno frente al otro. El sol de la tarde entraba oblicuo por la ventana y alargaba las sombras sobre el mantel. Ella masticaba en silencio, como siempre. Pero algo había cambiado en su mirada: una vibración nueva, como si la marisma hubiera removido un fondo antiguo. Yo tenía las manos enrojecidas. Las suyas reposaban abiertas sobre la mesa. Las observé en detalle: las grietas parecían caminos antiguos, las manchas contaban estaciones, las cicatrices eran breves historias de batalla

Entonces habló. No me miró directamente, pero su voz llegaba con una claridad que no admitía distracciones.

—La primera vez que fui a recoger almejas tenía tu edad. Mi madre me despertó de madrugada, me dio una camisa de mi hermano y unas botas que me quedaban grandes. No preguntó si quería ir. Me llevó. En aquel tiempo, no se preguntaba. Se hacía lo que tocaba hacer.

Calló un momento. Luego se tocó los nudillos con un gesto lento.

—Era invierno. De esos fríos que se meten hasta los huesos. Tenía miedo de hundirme, de perder el cubo, de regresar sin nada. Pero mi madre seguía adelante, y yo la seguía. Me

temblaban las piernas, pero aguanté. Pensaba que si lloraba, se decepcionaría. Que su voz ya no sonaría igual. Así que resistí.

Su mirada se perdió hacia el mar, que brillaba a lo lejos, inmóvil desde allí.

—Esa noche, al regresar, apenas había recogido nada. Pero ella me miró y asintió. No me abrazó ni dijo que estaba orgullosa. Pero lo supe. Lo comprendí en su silencio, en la forma en que me arrojó al acostarme. Ese fue el momento en que entendí que el esfuerzo vale, incluso cuando nadie lo nombra.

No dije nada. Sentía que cualquier palabra podía romper algo sagrado. En ese instante, comprendí que aquellas manos, con su huella de sal y de tierra, no eran solo instrumentos de trabajo. Pasé el dedo por una de sus grietas; olía a sal y a metal.

Esa noche no encendí el móvil. Tampoco busqué una pantalla. Me quedé tendido, dejando que el mar hablara.

No rugía, no golpeaba. Solo latía.

Una presencia constante que no necesitaba mostrarse para hacerse sentir.

Encendí la luz tenue del escritorio y abrí el cuaderno. No era bonito ni nuevo, tenía la tapa algo doblada. Pero en ese momento se sintió como un refugio, un espacio donde lo invisible encontraba forma. Tomé el lápiz y, sin pensarlo mucho, escribí: *“Las manos de sal”*.

Al hacerlo, algo se alineó dentro de mí. No eran solo sus manos. Era todo lo que había aprendido sin maestros. Era la paciencia, el coraje, la fidelidad silenciosa. Era ese modo de levantarse cada mañana y salir a trabajar, sin buscar méritos, sin pedir afecto.

Apagué la luz. Permanecí en la oscuridad, con la certeza de que algo había cambiado. Que yo había cambiado. No sabía aún qué nombre darle, pero intuía que aquel verano no sería solo una pausa. Iba a ser una grieta. Y por esa grieta, poco a poco, comenzaba a entrar la luz.

Los silencios

Aquella mañana desperté con una sensación nueva, una mezcla de cansancio y un deseo persistente de quedarme en la cama, de dejar de fingir interés por un mundo que aún me resultaba ajeno. La habitación seguía en penumbra, y el rumor del mar sonaba distante, como si el viento hubiera elegido otro rumbo. Encendí el móvil y empecé a ver videos, uno tras

otro, sin pensar, sin retener nada. Necesitaba volver a algo que conociera, a esa pantalla que hablaba mi idioma: el de la distracción, lo inmediato, lo seguro.

La abuela se asomó a la puerta, apoyó una mano en el marco y dijo, sin alterar la voz:

—Ya es hora, la marea está baja —dijo, y luego añadió, como para sí—. Bah, aunque siempre sube otra vez, ya sabes.

No respondí. Permanecí bajo la manta, absorto en la pantalla. Entonces su voz volvió a sonar, con la firmeza serena de quien no necesita imponerse:

—Quedarse encerrado cuando el día amanece limpio rara vez trae consuelo.

Sus palabras, simples, tenían la gravedad de un mandamiento ancestral, de esos que nadie discute porque han sido verificados una y otra vez por la vida. Aun así, seguí inmóvil. Ella esperó un instante y luego se retiró. No hubo reproches, ni portazos. Solo una quietud que se instaló en la casa y me acompañó durante todo el día, más densa que cualquier enfado.

Fuera llovía. Una lluvia fina, constante, que parecía reflejar el estado de las cosas sin exagerarlo. Cada uno buscó su propio rincón. Ella se quedó en la cocina, limpiando legumbres, removiendo el caldo con lentitud casi meditativa. Yo subí al cuarto sin saber qué hacer. El móvil había perdido su hechizo, incapaz ya de protegerme del todo.

Abrí una de las cajas de la estantería. Dentro había un álbum de fotos. No era bonito ni estaba ordenado, pero había algo en esas imágenes que me llamaba. Lo abrí con cuidado. Las fotos eran en blanco y negro, algunas desvaídas, otras con los bordes mordidos por el tiempo. Personas que no conocía me observaban desde un pasado al que no sabía si pertenecía. De pronto, una imagen me detuvo.

Era ella. Mi abuela. Joven. Vestía con sencillez, el cabello recogido. Estaba de pie junto al mar, los pies descalzos sobre las rocas, los brazos cruzados. Miraba a la cámara sin sonrisa, con una firmeza tranquila, como si supiera que pertenecía a algo mayor que ella misma. Me estremecí. Tal vez porque nunca la había imaginado así: frágil y fuerte al mismo tiempo. Parte del paisaje, pero también algo distinto.

Cerré el álbum con delicadeza, como quien devuelve un objeto preciado a su escondite. Me quedé largo rato allí, intuyendo que había una historia que aún no me habían contado, y quizá nunca conocería del todo.

La noche cayó sin ruido, como sucede en los lugares donde la vida no necesita anunciarse. Bajé a beber agua y la encontré en la cocina, sentada junto a la ventana, las manos sobre las rodillas, la mirada fija en la oscuridad. No se movió al verme. Lloraba. Sin dramatismos, sin ocultarse, como quien conoce el ritmo del dolor y lo deja estar.

Me acerqué al fregadero, llené un vaso y lo dejé sobre la mesa, cerca de ella. Luego me alejé. Al llegar a la escalera, giré una última vez. Sus ojos seguían clavados en el punto donde el mar y la noche se funden y ya no se distingue una cosa de la otra.

Esa noche comprendí algo que no supe nombrar. Que hay dolores que no se disuelven, pero encuentran lugar. Que hay silencios que no vacían, sino que abrazan. Y que, a veces, lo más generoso que podemos ofrecer es no pedir explicaciones.

Subí con el crujido de la madera bajo mis pies, sabiendo que algo se había movido, aunque nadie lo hubiera dicho. Porque hay formas de entender que no se aprenden en los libros ni se explican con palabras. Se aprenden observando, acompañando, dejando espacio. Se aprenden, quizás, solo con el tiempo.

La memoria del barro

La marea había bajado tanto aquella mañana que las marismas parecían transformadas. El fango se extendía hasta donde alcanzaba la vista, espeso y brillante, surcado de huellas diminutas, como si las aves y los cangrejos hubieran dejado mapas secretos para quien supiera leerlos. Caminábamos sin prisa, hundiendo las botas paso a paso, sintiendo bajo los pies el crujido blando de la tierra húmeda. El cielo era gris, pero transmitía calma, como los días que viven en la memoria.

Ella iba a mi lado, con el cubo en una mano y el rastrillo en la otra. Callaba. Yo también. Ese mutismo compartido se había convertido en una forma de estar juntos, como si el silencio dijera lo que las palabras ya no sabían nombrar. Y entonces, sin detenerse, sin buscar mi mirada, empezó a hablar. Su voz era distinta, más baja, como dirigida a mí y también a una ausencia.

—Mi hermano se llamaba Tomás —dijo—. Era el mayor. Tenía diecisiete cuando lo perdimos.

Giré la cabeza, pero guardé la pausa. Ella siguió avanzando.

—Era alegre, inquieto. Soñaba con irse lejos, tener una barca propia, cruzar el mar y llegar a lugares donde el agua oliera a aventura. Mi madre decía que soñaba demasiado, que eso traía desgracias. Pero él reía. Decía que nacimos con el mar en los pies y que vivir con miedo era no vivir.

Se detuvo un instante. Dejó el cubo sobre una piedra, como si sus manos necesitaran soltarse para dejar paso a las palabras.

—Una tarde salió con unos amigos. El cielo estaba claro, pero el viento cambió sin avisar. Dijeron que una ola grande volcó la barca. A los demás los rescataron. A él lo encontraron tres días después, en la otra orilla de la bahía.

Se inclinó y empezó a mover la tierra con el rastrillo, sin intención de buscar almejas. Removía el barro como quien desentierra algo que lleva demasiado tiempo dormido.

—En casa su nombre dejó de decirse. Mi madre guardó su ropa en una caja y cubrió la foto del salón. Pero yo lo pensaba cada día. Especialmente cuando venía sola aquí. Estas marismas guardan su sombra. Hay en cada rincón un eco, una presencia muda que persiste.

No tuve respuesta. Solo la miré, sabiendo que bajo esa mujer de costumbres duras y manos curtidas por la sal, habitaba un mar interior que seguía sin calmarse del todo.

Regresamos en silencio. A la izquierda, el Monte Buciero cerraba la bahía; al fondo, el faro del Caballo asomaba como una uña blanca entre la bruma.

El cielo se había abierto ligeramente y una luz suave caía sobre los campos, sobre las casas, sobre el agua que volvía despacio a ocupar su sitio. Ella caminaba con los brazos sueltos, sin el cubo, sin el rastrillo. Se la veía más liviana, pero también más vacía, como si al hablar hubiera abierto una puerta que llevaba demasiado tiempo cerrada.

En un momento, sin pensarlo mucho, pregunté:

—¿Alguna vez quisiste irte?

Se detuvo. Me miró con una mezcla de ternura y asombro. No parecía molesta. Solo buscaba las palabras justas.

—Sí. Muchas veces.

Y luego, tras una breve pausa:

—Y me quedé.

Nos quedamos allí, mirando cómo el agua volvía a cubrir la tierra, mientras las garzas buscaban entre las algas. No necesitó decir más. Había en su voz una certeza que no pretendía convencer, sino nombrar lo verdadero.

Esa noche abrí el cuaderno con una necesidad distinta. Ya no era un sitio para pensamientos sueltos, sino un lugar donde guardar lo que no debía perderse. Me senté junto a la ventana, con el lápiz entre los dedos, y empecé a escribir.

“Hoy supe que mi abuela tuvo un hermano. Que lo quiso. Que lo perdió. Que el mar, a veces, no devuelve lo que se lleva. Y que, aun así, ella decidió quedarse. No para esperar. No por castigo. Sino porque algunos saben que marcharse no siempre cura. Y quedarse, aunque duela, también puede ser una forma de sanar.”

Escribí lento. Deseaba que las palabras dijeran lo que de verdad sentía. Entendí que había intentado comprender a mi abuela como si fuera un enigma. Pero no era eso. Era una piedra que el mar ha golpeado durante años y que permanece. Tal vez por costumbre. Tal vez por amor.

Al cerrar el cuaderno, me invadió una calma extraña. Como si aceptar que el dolor no desaparece, sino que se aprende a llevar, también me hubiera hecho crecer. Miré mis manos. Llevaban restos de tierra bajo las uñas. La piel un poco roja. Sentí que esas marcas mínimas ya eran parte de algo más grande. De una historia que no era solo mía, ni solo suya. Era nuestra. Y estaba escrita, también, en la memoria del barro.

El cuaderno azul

Era una de esas mañanas en que el sol parece bajar unos metros, acercarse un poco más a las cosas, posarse sobre ellas con la suavidad de quien acaricia sin pedir permiso. La luz entraba por la ventana de la cocina y se extendía sobre la mesa, sobre los cacharros, sobre los hombros encorvados de mi abuela, que removía algo en una olla con el cuidado de quien repite un rito antiguo aprendido sin necesidad de palabras. Me senté frente a ella, como cada día, dejando que la calma hiciera su trabajo, abriendo caminos sin apuro.

Entonces, sin girarse del todo, sacó algo del cesto de mimbre que guardaba bajo el banco. Era un cuaderno, sencillo, de tapas duras y color azul desvaído, como ese cielo pálido que se cuele entre la niebla. Lo dejó junto a mi plato, con un gesto leve.

—Para que escribas lo que el móvil no puede guardar —dijo.

No respondí. Toqué el cuaderno con cuidado, como si temiera interrumpir algo que ya había comenzado a hablar. El borde estaba algo doblado y tenía una marca de precio en la contraportada. Estaba gastado, pero aún servía. Lo abrí. Las hojas estaban en blanco, pero no vacías. Llevaban una promesa. Un gesto de confianza. Algo que, sin saberlo, me había estado esperando.

—A veces uno no sabe que recuerda —dijo, mientras removía la olla—. Pero cuando escribe, descubre todo lo que habita en el fondo.

Me quedé mirando el cuaderno. Pensé que, por primera vez, tenía algo que no pedía respuestas ni resultados. Solo atención. Solo verdad.

Aquella tarde subí al cuarto con el cuaderno entre las manos. No sabía por dónde empezar. Me senté junto a la ventana y observé el horizonte. El mar descansaba, inmóvil, con la serenidad de quien comprende que alguien necesita silencio. Escribí mi nombre en la primera página. Luego una fecha. Y después, sin pensarlo mucho, empecé a contar.

Escribí sobre sus manos, sobre la primera vez que la vi sacar una almeja del barro con ese gesto firme, casi tierno, de quien conoce la tierra por dentro. Escribí sobre la casa, sobre el olor a caldo, sobre la silla vacía que permanece en su sitio aunque nadie la ocupe. Escribí sobre el mar, que de noche tiene otra voz, una melodía que solo escuchan quienes permanecen despiertos por dentro.

Y sin darme cuenta, también empecé a escribir sobre mí. Sobre lo que siento cuando pienso en casa, en mi madre, en la ciudad. Sobre esa mezcla de soledad y consuelo que me abraza aquí, entre cosas que aún no entiendo, pero que ya empiezo a querer. Las palabras salían despacio, como el agua de un pozo que vuelve a brotar.

Esa noche, después de cenar, me quedé con ella en la cocina. Ella lavaba los platos con movimientos pausados, como quien confía en el ritmo de las cosas. Yo hojeaba el cuaderno, en silencio.

Entonces, sin levantar la vista, dijo:

—Mi maestra nos hizo aprender un poema de memoria cuando tenía tu edad. No entendí mucho entonces, pero algunas palabras se quedaron. Y a veces, regresan.

Dejó el paño en el fregadero, se secó las manos, se sentó frente a mí, cerró los ojos y empezó a recitar. Lo hizo con voz baja, clara, como quien comparte algo que no se puede romper:

*“No todo lo que se pierde se ha ido,
no todo lo que se calla está muerto.
Hay ríos que corren por dentro,
y mares que no se dejan ver.”*

Cuando terminó, abrió los ojos. No añadió nada. Yo tampoco. Pero en esa pausa había algo que se parecía a una oración. No una plegaria, sino una manera de unir lo que aún no sabíamos cómo decir.

Esa noche me acosté con el cuaderno bajo la almohada. Como si tenerlo cerca me ayudara a seguir oyendo esas palabras que, al fin, habían empezado a resonar dentro de mí.

La ofrenda

Era el último día, aunque nadie lo había dicho en voz alta. Ni ella ni yo teníamos prisa por nombrarlo, como si el silencio nos protegiera de la despedida. El cielo amaneció cubierto, pero sin amenaza. El aire tenía ese olor a sal vieja y algas vivas que yo ya había aprendido a reconocer. Caminamos juntos hacia las marismas. Yo con el cubo, ella con el rastrillo. Ya no necesitábamos palabras para entendernos. Había algo en la forma en que ajustábamos el paso, en cómo compartíamos el silencio, que decía más que cualquier conversación.

El barro estaba más blando que otros días. Me agaché, hundí las manos sin pensar, removí la arena, saqué una almeja. Lo repetí. Una y otra vez. No me quejé. No miré el reloj. No pensé en lo que me esperaba al volver a la ciudad. Solo estaba allí, con ella, haciendo lo que había aprendido a hacer: mirar, esperar, encontrar. Y en esa tarea repetida, en ese esfuerzo sin palabras, sentí que algo había cambiado en mí. Mis manos, que al principio eran torpes, suaves, impacientes, ahora sabían cómo hundirse, cómo buscar. Eran más fuertes. Más silenciosas.

La abuela me observaba. No dijo nada. Pero cuando se acercó, vi en su rostro una expresión que nunca había visto: una mezcla de orgullo y tristeza. Como si en ese instante, al verme trabajar en silencio, supiera que me había dado algo que iba más allá del barro y de las almejas. Algo que no podría olvidar.

Al regresar, me duché. El agua caliente sobre la piel me pareció un regalo. Cuando salí, encontré la puerta del cuarto entreabierta. El cuaderno azul estaba sobre la mesa, abierto por la página en la que había escrito la noche anterior: *"Mi abuela tiene manos de sal. Y dentro de ellas, cabe el mundo"*.

Ella estaba en la cocina. No dijo nada. Pero cuando me vio, sonrió con una ternura que no necesitaba explicación. No era una sonrisa amplia ni alegre. Era una curva leve en los labios, una luz breve en los ojos, una caricia sin contacto. Comprendí entonces que había leído todo. Que había recorrido, con la yema de sus dedos, las palabras que yo había escrito con la yema del alma.

—Gracias —dijo simplemente—. No por lo que has escrito. Sino por haber abierto los ojos.

Me quedé quieto. No supe qué decir. Pero sentí que eso, precisamente eso, era la ofrenda: haber visto al otro de verdad. Haber estado, aunque fuera por un tiempo breve, con los ojos abiertos y el corazón sin miedo.

El tren salió temprano. Ella no me acompañó hasta la estación. Dijo que no le gustaban las despedidas largas. Me dio un beso en la frente y un paquetito envuelto en un trapo de cocina. Dentro había pan casero y unas galletas que había horneado la noche anterior, cuando yo ya dormía. *"Para el camino"*, dijo. Yo asentí. No hacía falta más.

En el tren, apoyé la cabeza en la ventana. Esta vez, el vidrio no estaba frío: dejó la marca tibia de mi frente.

El paisaje pasaba lento: marismas, casas, tejados rojos, casas otra vez... todo parecía igual, repetido. El mar apareció por un instante, entre dos colinas. Era el mismo mar que había visto cada día, pero ahora lo sentía distinto. No era solo agua. Traía voces. Traía oficio. Traía casa.

No sentí tristeza. Sentí algo que se parecía a la gratitud, pero que era más hondo. Como si ahora llevara dentro una voz que no necesitaba hablar, una sabiduría antigua hecha de gestos simples, de manos calladas, de mar y de barro.

Y mientras el tren avanzaba, abrí el cuaderno azul y empecé a escribir una nueva página. No sabía aún cómo iba a seguir la historia. Pero sabía que no volvería a mirar el mundo de la misma manera.

El eco

Era una tarde de invierno que parecía suspendida en el tiempo, de esas en que el cielo conserva el mismo gris apagado desde el alba hasta el anochecer, como si la estación se negara a ceder su monotonía. Afuera, una lluvia mansa trazaba surcos en el cristal, con la lentitud de una lágrima que aún duda en caer. Dentro, mi habitación permanecía en penumbra, apenas tocada por la luz suave que filtraban las cortinas. Me había puesto a ordenar el escritorio, no por necesidad, sino para darle dirección a mis pensamientos dispersos.

Entre una carpeta de matemáticas y un cuaderno de dibujo, apareció el cuaderno azul. Fue como hallar una concha en mitad de un campo: un objeto extraño, cargado de otro tiempo. Al tocarlo, una vibración leve se alzó dentro de mí. No era un recuerdo claro, sino una sensación que ascendía desde el pecho, un eco antiguo queriendo regresar. Lo abrí con cuidado, como si al hacerlo interrumpiera un susurro, y empecé a pasar las páginas.

Mi letra de entonces era temblorosa, insegura. Pero cada palabra contenía el peso de una verdad apenas descubierta. Leí sobre el mar, el barro, los gestos silenciosos de mi abuela, sus manos. Me detuve en una frase escrita al azar que ahora me alcanzaba con la fuerza de lo evidente: *“Mi abuela tiene manos de sal. Y dentro de ellas, cabe el mundo.”*

Me quedé un largo rato con esa frase, dejándola expandirse dentro de mí como una campana sumergida. Sentía que algo había cambiado desde aquel verano en Santoña. No en mis hábitos ni en lo que decía, sino en el modo en que miraba, en una forma nueva de estar que había nacido entonces y que aún me sostenía.

Tal vez una parte de aquella calma, de ese lenguaje sin palabras que compartimos, se había quedado conmigo y me enseñaba cada día a habitar lo que no se nombra. A comprender que ciertas emociones no necesitan nombre para sentirse. Que algunos vínculos se tejen sin decirse.

En las últimas páginas del cuaderno encontré una hoja suelta, doblada con esmero, escrita con una letra firme, ligeramente inclinada. La reconocí enseguida. Era su letra. Dudé antes de abrirla. Pero el modo en que estaba guardada, tan cerca de mis palabras, me dio la certeza: esa carta estaba allí por una razón.

La desplegué con cuidado. El papel tenía un pliegue marcado y olía a madera y tiempo. Empezaba sin fecha ni saludo, directa, como quien no adorna lo que lleva dentro:

"Nunca me fue fácil hablar con quienes amo. Me crié en una casa donde el silencio mandaba, y la ternura era un lujo que no se permitía. Aprendí a querer madrugando, cocinando, sosteniendo lo que hacía falta sin esperar que me lo pidieran. A veces me pregunto si eso bastó."

Me temblaban los dedos. Seguí leyendo.

" Cuando estuviste aquí, algo se removió. Al principio no sabía bien cómo hablarte. No soy de muchas palabras. Pero te vi mirar, quedarte, acompañar en silencio. Y supe que me entendías, sin necesidad de explicar mucho. Aprendiste a escuchar sin preguntar. Eso no se enseña. Se hereda. Y tú ya lo llevas contigo."

Llevé la carta al pecho. Cerré los ojos. Comprendí que esa era su forma de decirme *te quiero*. A su manera. En su lenguaje. En el idioma del mar.

Volví a Santoña en primavera, habían transcurrido algunos años. No lo conté a nadie. Tomé un tren temprano y llegué con la bruma aún abrazando los tejados. Caminé por el puerto, por calles que ya no tenían la niebla de la infancia. Todo seguía en su sitio, y sin embargo, algo era distinto. Quizás porque yo también lo era.

Fui al espigón. Me senté en el mismo banco donde una vez comprendí que el mar no es solo agua, sino una voz. Cerré los ojos. Sentí el viento. El salitre. El crujido de la madera bajo los pies. Ella ya no estaba, pero no había ausencia en su recuerdo. Habitaba en mi forma de mirar sin juzgar, de callar sin miedo, de querer sin palabras.

Abrí el cuaderno azul, ya gastado, y en la página en blanco escribí una sola línea:

"El mar sigue hablando. Al fin puedo escucharlo."

Epílogo

Han pasado los años y todavía, cuando cierro los ojos, escucho el rumor del mar de Santoña. No como un recuerdo lejano, sino como una presencia que me acompaña, que marca el pulso de mis días.

A veces me descubro haciendo cosas que aprendí sin darme cuenta: esperar sin impaciencia, escuchar sin interrumpir, sostener sin necesidad de palabras. Y sé que no soy yo quien las inventó. Son gestos heredados, venidos de unas manos que trabajaron la marisma antes que yo, de una mujer que nunca necesitó decir “te quiero” porque lo escribió en cada acto sencillo de su vida.

Aquel verano me enseñó que crecer no es solo avanzar en edad, sino aprender a mirar distinto. Hoy comprendo que las pérdidas no se borran, que los silencios no son vacíos, y que la gratitud no siempre se pronuncia en voz alta.

Guardo el cuaderno azul en un cajón de mi escritorio. A veces lo abro, leo aquellas frases torpes y temblorosas, y me reconozco en ellas. Me recuerdan que hay un idioma que no se aprende en libros ni en pantallas: el idioma del mar, de la paciencia y de la memoria.

Y mientras escribo estas líneas, vuelvo a escucharla. Mi abuela, con sus manos de sal, sigue hablándome desde ese lugar donde las mareas nunca cesan.